

¡aun á los que dormían en el seno de sus madres! Además, no encuentro en la Escritura la promesa de un Mesías espiritual, sino mas bien de un rey temporal, esperado aun por los Judíos. La serpiente en el Génesis no tiene ninguna relacion con el espíritu de la maldad, pero se la mira simplemente como un peligroso reptil, cuyo veneno es las mas de las veces funesto al hombre; de donde se sigue, naturalmente, una guerra perpétua entre sus razas. La serpiente cuando pudiera debia morder el talon del hombre, y el hombre cuando se le presentase ocasion debia en desquite aplastarle la cabeza. Admito, si así lo quereis, que haya en el fondo en el espíritu humano un instinto de religion ó de supersticion; instinto que reviste difrentes formas, segun las circunstancias locales, segun los acontecimientos históricos y segun el estado del clima. Pero no puedo convencerme de que la religion de los Judíos haya sido superior á la de los Sabeos, adoradores de las estrellas, ni á la de los antiguos Persas que ofrecian su culto al sol, como á un símbolo del poder divino, ni mas que las naciones de Oriente, que adoraban los poderes y los atributos de la divinidad en las formas diversas del universo visible. En cuanto á la tolerancia, soy como uno de los Romanos del tiempo pasado: en mi Pantheon quisiera que hubiera habido un lugar para todos los dioses; pero no permitiria ni á los brahmanes ni á los

cristianos, discutir sobre cuestiones tan insolubles como el modo de la encarnacion ó los atributos de su Dios trino.

AMBROSIO.—No me habeis comprendido, mi caro pensador, si creéis que vuestras opiniones me han ofendido lo mas mínimo. He observado demasiado los desvaríos de la razon humana, para que puedan sorprenderme; y vuestra manera de considerar las cosas no es rara en el mundo de la juventud ardorosa, que no examina sino ligeramente los testimonios de la religion revelada. Con todo, tengo una satisfaccion al observar que no sois de esa escuela de escépticos que encuentran en la astronomía antigua todos los gérmenes del culto hebráico, identificando los trabajos de Hércules con los de los héroes judíos, y no viendo en la vida y muerte del Mesías, resucitado, mas que la historia del dia solar (1).

Admitís á lo menos la existencia de un instinto religioso, ó si preferís llamarlo así, una supersticion innata en el espíritu humano. Mas tarde esta base os dará,

(1) Alusion al *Origen de los cultos* de Dupuis y á la escuela filosofica que reinaba al fin del imperio. Este sistema de interpretacion aplicable á la mitología astronómica, y que podia dar razon de muchas epopeyas primitivas atribuyéndolas á la celebracion de la marcha del Sol en el zodiaco, era evidentemente exagerada al quererse sustituir en sus pretensiones á las tradiciones relativas á la existencia de Jesús.

y yo lo espero, un sistema de fé digno de un filósofo cristiano.

El hombre, cualquiera que sea el instinto religioso con que haya sido creado, estaba destinado á comunicarse por sensaciones con el universo visible, y á ponerse en comunicacion con la naturaleza por medio de sus órganos; tambien en el estado primitivo de la sociedad, estuvo mas especialmente bajo la influencia de sus sentidos groseros. Si se admite la existencia de una Inteligencia suprema, y sus instituciones bienhechoras para el hombre, es preciso admitir tambien que las ideas sobre su existencia que ha querido imponer al hombre, tales como la veneracion, el amor, la esperanza y el temor, debian entrar en armonía con el órden general de las sensaciones humanas. (No sé si me comprendereis bien.) El mismo poder infinito que en un instante pudiera crear el universo, podia igualmente modificar las ideas de un ser intelectual, de modo que, tomando una forma y un carácter mas apto para comprender la existencia divina; es posible, pues, que en su primer estado el hombre no se haya imaginado escuchar la voz y gozar de la presencia actual de la Divinidad.

Este fue, á mi parecer, el primer efecto del instinto religioso, ayudado de sentidos muy impresionables. Entre los patriarcas, puede ser que estas ideas hayan sido bastante vivas para confundirse con impresiones:

sin embargo, como es probable que en sus descendientes, el instinto religioso se debilitase al mismo tiempo que disminuía la fuerza de las impresiones, de aquí que se siguiesen las visiones ó los sueños que parecen haber constituido la inspiracion de los profetas. No supongo que el Sér supremo se haya dado á conocer nunca al hombre por un verdadero cambio en el órden de la naturaleza; creo mas bien, que las sensaciones del hombre han sido íntimamente modificadas en ciertas circunstancias, de tal suerte que haya podido creer en la presencia de Dios. Los acontecimientos históricos me prueban en particular que la Inteligencia divina ha obrado continuamente sobre la raza de Seth, como sobre el pueblo de su eleccion, y que las primeras opiniones de una pequeña tribu de Judá han sido destinadas despues de un periodo de tres mil años, á formar la base de la religion de las naciones mas poderosas, mas activas y mas civilizadas del mundo.

La manera como el cristianismo, promulgado por algunos oscuros pescadores, se ha esparcido por el mundo; su triunfo sobre el paganismo, aun estando este protegido por la filosofía y por el poder de un Juliano; aquellos mártires, que por su sangre derramada han suscrito á la verdad de la fé, las cualidades superiores de estos hombres de inteligencia que profundizaron la naturaleza, tales como Newton, Locke y Hart-

ley, y se declararon altamente cristianos, me parecen argumentos invulnerables en pró de la religion revelada.

Por otra parte añadiré que prefiero basar mi *credo* mas bien en el valor moral de sus doctrinas, que sobre testimonios históricos ó en la naturaleza de sus milagros. La Inteligencia divina quiere que el hombre sea convencido segun el curso ordinario de sus sensaciones, y en todo caso, encuentro mas natural que se verifique un cambio en el espíritu humano que en el órden del mundo. Segun la opinion popular del pueblo judáico, ciertas enfermedades tenian su origen en los séres humanos, por la posesion de los demonios; el Salvador curó esta enfermedad, y el Evangelio expresa el hecho diciendo que él ha arrojado los demonios. Sin pretender explicar los históricos milagros del cristianismo, basta decir, que la verdad de la religion está afirmada por un milagro permanente: por el estado actual de los Judios, predicho por Jesus; su ciudad y su templo han sido destruidos á pesar de todos los esfuerzos intentados para restablecerlos, y su raza entera ha llegado á ser un objeto de desprecio y de repulsion para el género humano.

ONOFRE.—¡Muy bien! Con todo eso, además de no ser vuestra locucion muy clara, y algo mística, no respondeis á mis observaciones, con motivo de las crueldades practicadas por los Judios por mandato de Jehová,

costumbre que encuentro opuesta á toda idea de justicia divina y hasta humana.

AMBROSIO.—Creo que hasta Philaléthès no me negaria que las enfermedades físicas y morales pueden ser hereditarias, y que para destruir una falsa creencia ó el culto de los demonios, seria necesario destruir la raza entera. Supongamos, por ejemplo, que una enfermedad contagiosa semejante á la peste, se trasmita por tal ó cual familia á sus hijos y de estos á otras personas sanas; sin duda alguna seria un verdadero beneficio destruir á la desgraciada familia por medio de la cual pudiera propagarse. Además creo en la inmortalidad del principio pensador en el hombre; la destruccion de la vida no es mas que un cambio de existencia, y suponiendo, como es probable, que vuestra nueva existencia sea superior á aquella, dejar esta vida no es sino una ventaja. Ante Dios, la muerte de un millon de séres humanos, no es otra cosa que la sencilla circunstancia de un cambio de morada, verificado por un gran número de esencias especiales, metamórfosis análogas á las de esos millares de larvas que dejan su cubierta terrestre y se elevan á la atmósfera, como las moscas, en la mañana de un bello dia de verano. Cuando las obras del espíritu divino son medidas por el hombre y por sus débiles combinaciones, caemos infaliblemente en el error. Lo finito no puede comprender jamás el infinito.

ONOFRE.—¡Estais decididamente espléndido! caro amigo. Entonces segun vuestros razonamientos, los sacerdotes de Yagrenat podrian defender su ídolo de esta suerte, y hasta encontrar en ellos una bella escusa para la destruccion de millares de víctimas voluntarias que se hacen aplastar por las ruedas del carro sagrado? (1).

AMBROSIO.—No cabe duda que podrian hacerlo y

(1) Yagrenat es uno de los nombres de Vichnu (la segunda persona de la trinidad india), y tambien el nombre de la capital de Orissa, provincia de las Indias orientales. Los indigenas del Indostan le llaman Poury. Su nombre europeo es Djaguernat (10,000 hab. á 480 kilómetros S. O., de Calcuta). Su célebre templo dedicado á Vichnu, atrae durante las fiestas que se celebran todavia mas de un millon de peregrinos. En la gran fiesta anual, una multitud fanática, tiene la costumbre de arrastrar tres carros gigantescos, de mas de 80 piés de altura, que llevan en su parte superior la estatua colosal de Vichnu, la de su hermano y hermana.

Los fieles idólatras se arrojan á millares bajo las ruedas del carro y se hacen aplastar en pedazos sangrientos, en la conviccion de obtener una dicha eterna. Las jóvenes madres, no titubean en precipitar á sus pequeños hijos. Los cuerpos no reciben sepultura y los cadáveres se descomponen, cubriendo una estension de muchas leguas, hasta que las bestias feroces vienen á desembarazar de ellos la ciudad sagrada!...

Desde algunos años á esta parte, el gobierno inglés ha restringido todo lo que le ha sido posible estas bárbaras costumbres, pero sin poderlas desterrar de un todo todavia.

C. F.

yo admitiria la justicia de su defensa si viera en su religion cualquier gérmen de una institucion divina, capaz de llegar á ser como la de Jehová la fé del mundo civilizado, uniendo á la mas perfecta forma de deismo, la mas pura y elevada moralidad. Considero los primeros hechos de los Judios simplemente como los cimientos mas bajos y mas rudos de un templo elevado al Sér supremo por sí mismo, como un altar especial de adoracion, donde pudiese recibir un culto puro. En los principios de la sociedad, han sido precisos para producir algun efecto en hombres no civilizados, recompensas y castigos temporales y groseros; severos ritos y una rígida disciplina han sido necesarios para mantener en orden al espíritu, y el castigo de las naciones idólatras, sirvió de ejemplo á los Judios. Cuando sustituyó el Cristianismo al judaismo, las ideas acerca del Sér supremo llegaron á ser mas puras y mas abstractas, y los atributos visibles de Jehová y de sus ángeles parecian presentarse con menos frecuencia al espíritu. Sin embargo, parece que durante muchos siglos la rudeza de nuestros sentidos materiales ha necesitado la ayuda de la vista para fijar y perpetuar el carácter del instinto religioso. En la Iglesia de que formo parte, asi como en todo el cristianismo de los tiempos primitivos, las imágenes, los cuadros, las estatuas y las reliquias, se han empleado como medios para escitar el sentimiento de la devocion.

Se nos acusa de adorar objetos inanimados; pero esta manera de juzgar nuestra fé es absolutamente falsa. No los consideramos sino como los símbolos que representan á los santos que existen en el cielo, y es la misma adoracion que la del protestante cuando besa su biblia como abjuracion solemne. El pasado, el presente y el porvenir, siéndo idénticos para la Iglesia divina é infinita, y habiendo sido creado el hombre para la dicha, la disciplina moral y religiosa que debia sufrir, ha sido con arreglo á sus facultades progresivas y á las primeras leyes de su naturaleza. No puedo encontrar mas que una analogía, y quizá un poco imperfecta: es comparar al Sér supremo con un buen padre que deseoso de asegurar el bienestar de sus hijos, se ve forzado á adoptar un sistema de recompensas y castigos, que hable primero á los sentidos y mas tarde á la razon y á la imaginacion. Motiva el terror con el ejemplo de los otros y hace brotar en ellos el amor de la gloria, mostrándoles la distincion y los honores que gozan los grandes hombres cuando se conducen de semejante manera. Despues de haber despertado el temor de la vergüenza, y el amor de la gloria y del honor por este resultado concedido á acciones temporales, aplica esta influencia á la vida entera, y trasforma un sentimiento momentáneo en un principio permanente é inmutable. La obediencia del niño á la voluntad de tal padre, puede com-

pararse con la fé y obediencia que debemos á la voluntad del Todo-poderoso. El hijo obstinado y brusco que responde y no da la razon á su buen padre, está con poca diferencia en el mismo caso que el hombre que pone en duda que existe el bien en las obras de la providencia ó la armonía en el plan del universo moral.

ONOFRE.—Por lo mismo que admito la perfeccion de vuestro sistema moral en la religion, y suponiéndole apropiado á la naturaleza humana, encuentro aun mas imposible creer en las primeras doctrinas que son la base de ese sistema. Condenais al espíritu divino, al creador de infinitos mundos á tomar la forma humana! ¡á nacer de una vírgen! ¡haceis del Dios eterno é inmortal, la víctima de un castigo vergonzoso suponiendo que ha muerto en la cruz, que ha recobrado su vida tres dias despues, y que ha subido al cielo con su cuerpo marchito!

AMBROSIO.—Veo que como todos los escépticos interpretais las Escrituras á vuestra manera y medís el poder divino con la medida de la razon humana. El espíritu eterno é infinito, como he dicho ya, apropia las doctrinas de la religion á las almas destinadas á abrazarlas. Creo probable la idea de que una parte integrante de su esencia haya podido animar la forma humana: sin duda alguna esta creencia ha existido en la imaginacion de los hombres; pues, la fé constituye la

parte vital de la religion. No conocemos la generacion del sér humano, aunque pertenece al curso ordinario de la naturaleza; ¿cómo no ha de ser absurdo pretender razonar acerca de las acciones posibles del espíritu infinito! ¿Tiene acaso mayor dificultad imaginar una concepcion que una creacion divina? Ante Dios, el pequeño, el grande, hasta el infinito, segun nuestros elementos de medida, son iguales! Una creacion de la tierra, por insignificante que sea, puede tener la misma consideracion, que millones de séres superiores, aunque habiten esferas mas elevadas. Pues, considero que *por modificaciones en nuestras sensaciones ó en las ideas del espíritu humano, y no por trasformaciones físicas de la naturaleza*, es como se efectúan los fenómenos milagrosos de nuestra religion. Cuando hay que componer un reloj ó una máquina cualquiera, es preciso desmontarla completamente y en seguida volverla á construir de nuevo. Sin embargo, por el poder y la sabiduría infinitas, un cambio en el estado actual del sér humano, puede ser el resultado de una voluntad momentánea, y hasta el solo hecho de la fé puede producir este cambio. El poder de la imaginacion, hasta en la vida ordinaria, se muestra con sorprendentes ejemplos, y nada parece imposible para esta imaginacion, cuando obra en ella la influencia del poder divino. Pero seria un trabajo interminable responder á todas las objeciones que puedan

sacarse de la falta de conformidad entre la doctrina cristiana y el órden regular de los acontecimientos.

Mi primer principio consiste en que la religion no tiene nada de comun con el curso vulgar de las cosas. Es un instinto puro y divino destinado á dar al hombre verdades que no podria obtener con el simple ejercicio de su razon y que amenudo, á primera vista, parecen estar en contradiccion con ella; pero una vez bien profundizadas y consideradas en sus relaciones mas extensas, estas verdades se encuentran de acuerdo con la ciencia mas elevada. De modo que, en realidad, los resultados de la razon y de la fé terminan definitivamente por armonizarse. El árbol de la ciencia está injerto en el de la vida y el fruto que lleva al mundo el temor de la muerte, crece sobre un tallo inmortal y llega á ser el fruto de la inmortalidad prometida.

ONOFRE.—No careceis de elocuencia para defender vuestra causa, mi querido doctor en derecho canónico; pero no nos volveis católicos con ese procedimiento. Desde el momento que admitís que la razon no tiene nada que ver con los misterios de la religion, no me queda que tomar mas que un partido, el de dejaros católico y quedar yo libre pensador. Vamos á otra cosa. Haceis venir el cristianismo del judaismo. No distingo esta relacion tan claramente como imagináis verla; parece mas natural creer que la religion de Mahoma ha tenido

su origen en Moisés. Cristo fue un judío circuncidado; Mahoma continuó este rito, como hoy le continúan sus discípulos, aunque los cristianos hayan preferido abstenerse de él. Además las doctrinas de Mahoma parecen tener una pretensión más directa al origen divino que las de Jesús; su moralidad es también pura, su deísmo más puro aun y su sistema de recompensas y castigos después de la muerte están exactamente en conformidad con vuestras ideas sobre la justicia eterna.

AMBROSIO.—La decisión de la cuestión general, depende de la decisión de esta en particular. Los mahometanos no han procurado encontrar en el Antiguo Testamento profecía alguna acerca de su fundador y nunca han tratado de pretender que Mahoma haya sido el Mesías; por consiguiente respecto á la cuestión de las profecías, no hay nada en ellas que pueda inducirnos á admitir la verdad de la religión de Mahoma. Ha estado en moda en una secta de especiosos escépticos, alabar la moralidad de los musulmanes, lo cual me parece de una justicia dudosa; se les tiene por caritativos y honrados; pero admiten la poligamia, la pluralidad de mujeres, desprecian y persiguen á toda nación cuya fé sea diferente de la suya. ¡Qué diferencia entre esta moralidad y la del Evangelio por la que la caridad está ordenada á todo hombre hasta el punto de hacer beneficios á los enemigos y en la que se ve á Jesús presentar á

sus discípulos los niños como modelos! Además, en las recompensas y castigos de otra vida, entre los mahometanos, cuán groseras y poco dignas de las promesas de un Sér espiritual y divino son sus ideas; su paraíso no es más que un jardín terrestre, morada de placeres sensuales, en la que las huríes representan más bien las favoritas de sus harenes, que naturalezas angélicas y glorificadas. ¡Qué diferencia en el cielo del cristiano! ¡Cuán sublime es su perspectiva indefinida, apropiada al mismo tiempo tan maravillosamente á un sér dotado de facultades intelectuales y progresivas! ¡Cuán dulce es saber «que los ojos humanos no han podido entrever las alegrías que Dios tiene preparadas á los que le aman!»

ONOFRE.—Vuestra respuesta es ingeniosa, aunque pudiera objetarse que á vuestra caridad y á vuestra tolerancia cristianas, se deben las guerras de religión y las persecuciones cometidas por el catolicismo. Vuestra fíltima alusión al cielo cristiano, no carece de profundidad, pero no creais que puedo permitir que una cuestión tan variada en su extensión, pueda ser resuelta por una tan débil ventaja. Ahora voy á presentaros otra dificultad. ¿Admitis que las leyes de los Judíos han sido establecidas por Dios mismo, y dadas á Moisés por el Todo-poderoso, en medio de su gloria, en una tempestad de truenos y relámpagos, en el monte Sinaí?

¿Por qué pues esta ley, si era pura y divina ha sido abolida por el mismo que la estableció, y por qué todas las ceremonias hebraicas han sido destruidas por los primeros cristianos?

AMBROSIO.—Niego enteramente que la ley divina de Moisés haya sido abolida por Cristo, pues él mismo ha dicho: «No penseis que he venido á destruir la ley de los profetas; he venido no para abolirla, sino para cumplirla.» Las partes esenciales del *credo* del verdadero cristiano tienen por base los diez mandamientos. Mi conviccion es, que la religion de Cristo era el deismo puro, como la de los patriarcas; los ritos y ceremonias establecidos por Moisés no parecen haber sido mas que formas unidas á la religion espiritual convenientes á un clima particular ó al estado especial de la nacion judaica, y mas bien un habito que un cuerpo constitutivo de religion; en una palabra, un sistema de disciplinas y no lo esencial de la doctrina. Los ritos de la circuncision y abluciones eran necesarios á la salud y quizá hasta á la existencia de un pueblo que habitaba los mas cálidos climas; y en la ofrenda de las primicias se puede distinguir un fin en relacion no solamente con la ley del pueblo, sino tambien con su economia política. Ofrecer lo mejor de sus bienes en testimonio de su gratitud hácia el Todo-Poderoso fué una especie de prueba de abnegacion y de obediencia á la teocracia y aun estos

sacrificios hacian el trabajo obligatorio pues les precisaban á proveerse con cierta abundancia superior al alimento ordinario, lo cual les garantizaba del peligro del hambre, porque, en caso parecido estaba permitido al sacerdote, por autorizacion divina, servirse de estas ofrendas, para las necesidades del pueblo. Los elementos mas puros de la fé descendida de Abraham á David fueron conservados por Cristo; pero en cuanto á las ceremonias no se adaptaban sino á un pueblo particular y á una nacion especial. El cristianismo, por el contrario, debia ser la religion universal del mundo civilizado, el cual está todavía en progreso; veo en ello una prueba mas de que su naturaleza y su origen divino estan conformes con los principios del progreso y de la perfeccion del espíritu humano. Mientras que fue dada á una raza particular, fijada en determinado clima, su objeto fué tangible su disciplina severa, sus ceremonias numerosas é imponentes, condiciones propias para obrar sobre el débil y el ignorante y por consecuencia sobre el hombre obstinado. En su desarrollo gradual, se desembarazó de su carácter local, de sus formas particulares y adoptó ceremonias mas convenientes á la gran familia humana. Por lo que respecta á los principios esenciales de esta religion cristiana, no consagra sino doctrinas puras, espirituales y filosóficas; comprende á la vez la unidad de la naturaleza divina, el estado futuro de las

almas y un sistema de recompensas y castigos dignos de un ser responsable é inmortal.

PHILALETHES.—He escuchado atentamente vuestra discusion. Los principios de la religion interpretados por Ambrosio, la ponen á mis ojos bajo un nuevo aspecto; voy á ver si puedo hacer un paralelo entre ella y la esposicion de mi Genio. He considerado siempre como instintivo el sentimiento religioso; pero los argumentos de Ambrosio me han dado á conocer algo que se aproxima á una fé determinada, en vez de ideas vagas y oscuras que tenia. No tendria gran dificultad en admitir que el hombre ha sido creado, no absolutamente salvaje, sino dotado de nuevas facultades, de ciertos conocimientos y de diversas facultades instintivas; ademas estas facultades y estos conocimientos habrán podido ser transmitidos por él á sus hijos. Pero no está demostrado que á causa del mal ejercicio de la razon contra la voluntad divina, las facultades instintivas de la mayor parte de sus descendientes se hayan deteriorado y en definitiva hayan sido perdidas completamente, salvo en la raza de Abraham y de David que las hubiera conservado, ni que todo el poder primitivo haya sido de nuevo otorgado á Cristo ó vuelto á tomar por él. Reconozco la influencia de la religion en el mejoramiento y progreso del mundo y vuestras ideas, mi caro Ambrosio, parecen semejantes en suma á una ley general de nues-

tra naturaleza. La revelacion puede ser considerada, no como la palabra de Dios, sino mas bien como una facultad constante que pertenece al alma humana; la creencia en agentes superiores y en formas sobrenaturales, lo mismo que sus profecías y los milagros, no parecen ser sino las manifestaciones necesarias de esta facultad. Como sér razonable, debia el hombre llegar siempre al conocimiento de su inmortalidad y de su destino; pero bajo la influencia de la fé, tiene ademas que obedecer en absoluto á la voluntad divina, obligacion cuya excelencia nos está asegurada. Bajo este aspecto se puede comparar el destino del hombre sobre la tierra á la emigracion de los pájaros. Si, por ejemplo, un pájaro al dirigirse, durante el otoño, con lento vuelo, hácia las islas Orcadas; racioninase (y pudiera servirse de su razonamiento) en cuanto á la probabilidad de alimentarse, y encontrar su camino al través de los mares y los desiertos, viajando hácia un pais mas cálido, situado á millares de leguas de distancia, es muy probable que moriria de hambre en el camino pero dirigido por su instinto llega sano y salvo. Admito la fuerza de las objeciones sobre mi vision, relativas al origen de la sociedad espero ahora admitireis que la doctrina de la Pluralidad de existencias del alma no es incompatible con la revelacion acerca del porvenir del ser humano.

AMBROSIO.—La revelacion no nos ha explicado la

naturaleza de este estado aunque nos lo anuncia como verdad cierta. Tanto por los hechos geológicos como por la historia sagrada, se asegura que el hombre es reciente sobre la tierra y que esta misma tierra despues de su creacion ha sufrido una revolucion considerable por el agua. Se puede creer igualmente en otra revolucion por medio del fuego que prepare para el hombre una existencia nueva y purificada. Pero ved aquí las únicas conjeturas posibles; puesto, que el porvenir debe diferenciarse en un todo, de nuestro estado actual de miseria y de prueba; querer saber mas seria inútil y en verdad casi imposible.

PHILALETHES.—Mi Genio coloca las naturalezas espirituales y purificadas en los mundos cometarios; y esa revolucion del fuego acaso reconozca por origen el encuentro de un cometa.

AMBROSIO.—La imaginacion humana puede figurarse mil maneras para producirla, pero buscar la incognita de todo esto me parece insensato.

PHILALETHES.—No digais insensato pues esta es una ansiedad de conocer muy respetable.

AMBROSIO.—Para mí me basta la fé. ¡Esperad! Ved la rosada aurora que comienza á mostrarse en el Oriente; hácia el horizonte frente al cráter del Vesubio hay algunas nubes que dejan adivinar por sus bordes luminosos y brillantes, que ya el astro del dia se muestra en

los paises situados debajo de nosotros. Creo que podrian servir como imágen de la esperanza de la inmortalidad sacada de la revelacion, pues la luz reflejada en esas nubes nos asegura que comarcas lejanas son iluminadas por los rayos espléndidos del sol, aunque ignoremos completamente los rasgos del paisaje. Lo mismo sucede con la revelacion: la luz de un mundo glorioso é impercedero se nos descubre; pero no la conocemos sino en la eternidad y no por el ojo inmortal, ni por nuestra imaginacion terrestre.

PHILALETHES.—No estoy tan versado en el conocimiento de las Escrituras, como pareceis estarlo; pero me parece que se encuentra en ellas la dicha suprema del cielo mas distintamente señalada que la que quisierais decir. Me parece recordar que los santos estan coronados de palmas, y que están pintados cantando perpetuamente las alabanzas del Padre-Eterno.

AMBROSIO.—Es evidente que todas estas imágenes son metafóricas. La música es el placer sensual que se aproxima mas al goce intelectual, y puede representar mejor el deleite que produce la armonía de las cosas y de la verdad que existe en Dios. La palma árbol siempre verde y el amaranto, flor perpétua, son emblemas de la inmortalidad. Si me es permitido emitir una idea simbólica sobre el estado de los elegidos, preferiria imaginarlo, parecido á este bosquecillo encantador de na-

ranjos, en este hermoso valle donde el sol vierte sus primeros rayos, sobre graciosos árboles cargados á la vez de frutos de oro y de bellas flores plateadas y odoríferas. Este paraíso terrestre puede representar bien un estado en que la esperanza y la alegría están unidas á un sentimiento eterno.

ONOFRE.—Parece que esta magnífica salida de sol os ha hecho á ambos poéticos; aunque soy el mas triste y el mas melancólico de los tres, no puede menos de sentir su influencia y creer con vosotros que una aurora brillante sucederá á la noche de la muerte; pero como lo vemos en la escena que se desarrolla á nuestros pies, estos objetos son casi los mismos que eran ayer por la tarde, solamente mas radiantes y mas hermosos, algo mas suaves en el Oriente, mas vaporosos y brumosos al Occidente. Estoy por lo mismo tentado á creer que nuestro nuevo estado de existencia será análogo á este y que el órden actual de cosas, no difiere de él esencialmente.

Así es como trato de representarme la vida futura. Llego á ser como veis, un filósofo cristiano; sin embargo, diré en verdad que no puedo comprender ni aceptar todas las teorías que habeis desarrollado, aunque en el fondo no deseo otra cosa.

AMBROSIO.—Vuestro deseo si es sincero, se verá cumplido. Fijad vuestra grande y poderosa intelligen-

cia, sobre la armonía del mundo moral como lo habeis hecho desde largo tiempo sobre el órden del universo físico y vereis que el plan de la inteligencia divina se manifestará igualmente en cada uno de ellos. Pensad en la bondad y en la misericordia del Omnipotente y sostened vuestras contemplaciones con los sentimientos de abnegacion y vuestras súplicas á la fuente de todo conocimiento; esperad humildemente la luz que no tardará en mostrarse á vuestra alma.

ONOFRE.—¡Ah! de nuevo me dejais perplejo. No puedo creer que las adoraciones y las ofrendas de una criatura tan débil como yo puedan influir en nada los decretos del Todo-Poderoso.

AMBROSIO.—¿No me comprendéis pues aun? En cuanto á influir sobre el Espíritu supremo de esta suerte, seria demasiada presuncion: pero las oraciones y aspiraciones obran *sobre el alma* y perpetuan sus actos de reconocimiento y obediencia que no pueden venir á parar, sino en la fé religiosa completa. De esta manera, las afecciones se dominan y el corazon se prepara á recibir y conservar todo sentimiento bueno y piadoso. El que pasa de la oscuridad á la brillante luz del sol se encuentra ciego y no puede ver distintamente los objetos que le rodean; pero en una luz débil, adquiere poco á poco la facultad de soportar la claridad del medio-día, y no solo se acostumbra, sino que su vista puede encon-

trar en ella nuevas delicias y recibir una instruccion fecunda. En las contemplaciones piadosas que os recomiendo, vereis abrirse la aurora de la fé y ella os llevará mas tarde á soportar la plenitud del esplendor de su sol.

ONOFRE.—Sí, os comprendo, pero vuestra metáfora es mas poética que exacta; no dudo sin embargo que vuestra disciplina me lleva mas ligero á la luz que si continuara buscándola al través de los empañados cristales del escepticismo.

AMBRÓSIO.—Ciertamente pues que no solo estos cristales disminuyen el brillo, sino que atraen tambien su naturaleza.

PHILALETHES.—El ateismo es un error insostenible. Elevémosnos hácia el Ser-Supremo por el ejercicio crecientemente de nuestras facultades intelectuales. Si no tenemos todos una creencia igual y una religion revelada, la filosofia espiritualista de las ciencias, nos conduce sin embargo, á deducir de ellas la religion natural.

TERCER DIALOGO.

EL INCOGNITO.

CAPITULO PRIMERO